

## TURQUÍA I

Acabo de tener el privilegio de visitar Turquía durante quince días. Por supuesto en este tiempo no he podido más que recorrer a la carrera algo menos de dos tercios del país. Recordaréis el chiste de 'si hoy es martes, esto es Bélgica'. Con eso está muy bien expresada la experiencia del turista que se sube y se baja del autocar o microbús, recorre una ciudad o unas ruinas a toda prisa y hace fotos de manera compulsiva.

No sólo quedó fuera de la exploración el este de Anatolia, sino la atractiva costa del Mar Negro, con esa ciudad mítica que es Trebizon y que da lugar al apelativo 'trapisondista', para quien se mete en negocios y trapicheos poco claros. Dadas las circunstancias actuales, me hubiera gustado visitar esa ciudad y ver con mis ojos si es allí a donde deberíamos enviar a muchos, recordando que también está en el Ponto Euxino y es uno de aquellos territorios a donde los romanos, con buen criterio, enviaban a los indeseables o poco confiables.

De todos modos, a pesar de lo mucho visto y de lo mucho por ver, el viaje ha sido estupendo. En un grupo de ocho personas, mas el guía y el chófer y, realmente, viendo las cosas con cierta calma, aunque cada lugar visitado por sí solo hubiera merecido un viaje

Tengo que reconocer que dados mis orígenes, siempre he sentido un cierto resquemor hacia los turcos. Ello viene de la dominación del Imperio otomano sobre el Mundo árabe y, especialmente, es producto de la caída del Imperio en la primera Guerra Mundial (1914-1919). Mi padre nació en el año 1914 y su familia y él mismo sufrieron los efectos de aquella devastadora guerra. Si sus efectos en Europa fueron terribles, también, aunque más olvidados, lo fueron en los países más cercanos a la sede del territorio turco otomano. Mis abuelos y siete de los hermanos de mi padre perdieron la vida a consecuencia de aquella guerra.

Con el tiempo y tras leer la biografía de Kamal Atta Turk (por cierto en árabe), a quien mi padre admiraba, y leer los poemas de Nazim Hikmet, traducidos por quien fue durante un año mi profesor de turco (q.e.p.d), mi impresión acerca de la Turquía contemporánea fue variando, pero no desaparecía mi recelo, recordando el forzado éxodo de griegos y armenios y, en particular, la no resuelta situación de la población kurda.

Este viaje, sin hacerme olvidar todas esas injusticias históricas, me ha proporcionado una visión más matizada del país y de sus gentes. No pretendo en absoluto decir que 'ya conozco Turquía y que puedo emitir una opinión firme'. Mi impresión va en un puro nivel descriptivo y permanece en él, pero en mi interior produce un efecto de mayor aprecio y tolerancia.

Con respecto a lo visitado, he de decir que aunque Estambul es algo ya visto a lo largo de la vida en múltiples imágenes, éstas no dicen ni hacen justicia de esa hermosísima ciudad. En especial, de su privilegiado enclave geográfico ni de sus bellezas arquitectónicas o de su ambiente alegre al tiempo que acogedor.

Es una ciudad ajetreada, cargada de un tráfico espeso y algo caótico en algunas zonas, pero en la que se respira una cierta tranquilidad y que tiene rincones recoletos y laboriosos. La gente es cordial, atenta y servicial y también suficientemente indiferente a los forasteros.

El Bósforo, sus puentes, sus palacetes y palacios de la orilla, entre ellos el Dolmabahce, el palacio de verano (Beylerbey), la silueta de la zona de la antigua Constantinopla, con Topkapi, que recuerda mucho a la disposición de la Ciudad Prohibida de Pekín, Santa Sofía, de puro escalofrío, o las mezquitas de Sulayman, con el mausoleo del gran sultán, silencioso y recoleto, y la mezquita de Sultan Ahmet (la

azul), así como otras muchas; la del príncipe, las de algunos barrios, la cercana al bazar de las especias (Bazar egipcio) o la que está junto al Gran bazar (Nurosmaniyye) son de una belleza repetida pero no monótona.

El constante trasiego entre la Estambul europea y la asiática, el mausoleo de Barbarroja o la Torre Gálata, así como la Plaza Taksim son lugares dignos de verse.

Las casas de madera, muchas ruinosas y otras bien rehabilitadas, los talleres de hojalateros, de cerámica, de telas, las miles de tiendas de todo tipo son una verdadera invitación a callejear. Los limpiabotas, los cafés y restaurantes, el tranvía, las torres y los monumentos conmemorativos o los relojes monumentales son piezas que permiten pararse en muchos rincones o el hermoso edificio modernista de Correos.

Las viejas iglesias ortodoxas, siempre cerradas, algunas católicas, también cerradas a cal y canto y que sólo deben abrirse para los fieles.

Pero lo más llamativo es la gente. En general, gente guapa, hombres, mujeres, ancianos, jóvenes y niños. Pequeños hombres vestidos con bombachos y manteos a media pierna, tocados con bonete y con la cara enmarcada en una densa barba, andan con paso apresurado, seguramente camino de su cofradía o de su mezquita. Hombres cachazudos que miran indiferentes desde la puerta de su tienda a los posibles clientes o juegan una partida de taule con un colega, sosteniendo el pitillo en la comisura de los labios. Los que dan vueltas con desgana a su taspih, apoyados en una farola o esperan el tranvía cargados de bolsas. Los que con soltura llevan bandejas con vasitos de té o café, sorteando a los transeúntes con habilidad.

Muchas mujeres ataviadas de las formas más diversas; unas con calzones bombachos de estampados variados, con algún jersey comprado en un mercadillo y tocadas con un pañuelo también estampado, parecen proceder del campo, otras con velo y largas gabardinas de colores indefinidos y peculiares, que permiten sospechar que formen parte de algún grupo musulmán más bien conservador. Muchas jovencitas de vaqueros ceñidos, sandalias que dejan ver las uñas pintadas de los pies, pero que se cubren la cabeza con una especie de banda ancha que oculta el pelo y sobre la que se ponen el pañuelo de seda, -como algunas lo llevábamos allá por los años sesenta-debajo, llevan el pelo recogido en moño alto, lo que otorga una forma peculiar a su cabeza que recuerda, junto con sus perfiles correctos, el tocado de Nefertiti. Muchas mujeres de todas las edades vestidas a la europea, con modelos bastante curiosos, llenos de encajes y vuelos o faldas sumamente ajustadas, que no son los que se ven en las tiendas y que pueden competir con cualquiera de las cadenas que estamos acostumbrados a ver en España. Estas mujeres a la europea, posiblemente de estratos sociales acomodados, suelen lucir muchas joyas, bastante aparatosas y esas sí que pueblan los escaparates de las miles de joyerías repartidas por toda la ciudad y concentradas en la calle principal del Gran Bazar, así como en una calle peatonal que sale de la Plaza Taksim.

El Gran Bazar se ha convertido en un lugar exclusivo para turistas que van a la caza de imitaciones de firmas y marcas y, con ello, aparte de perder su sabor, se ha convertido en un remedo del mercado de la Seda de Pekín, pero menos agresivo. Es mucho más amable el mercado de las especias o mercado egipcio, en particular sus aledaños, en donde hay desde calles dedicadas a las pescaderías, pasando por las fontanerías o las librerías de libros religiosos o las papelerías con toda clase de tarjetas de invitación a bodas o circuncisiones que son dignas de verse. Interesantes son también las tiendas de telas y las de ropa de hogar que ofertan las más variopintas y abigarradas piezas de cortinas y estores, que rozan el mal gusto, cuando no lo pregonan. Aunque en este punto hay que decir que 'sobre gustos no hay nada escrito'.

Aquí tengo que señalar que, a pesar de la gran fama del Gran bazar y del Bazar egipcio, no son ni con mucho comparables con los zocos de Alepo, Damasco, Jerusalem, Cairo o Fez. Todos estos son mucho más ricos en sus ofertas de artesanías, de joyas o de alfombras y marroquinería. Nada comparables, en lo de las joyas, al barrio de los joyeros, casi todos armenios, de Alepo, o de Tiro, casi todos musulmanes, en Líbano.

La visita nos permitió cruzar el Mar de Mármara en un ferry y pasar a Asia Menor. Luego recorrimos el estrecho de los Dardanelos a todo lo largo, hasta llegar a la desembocadura en el Egeo, en la zona de Canakkale. Especialmente impresionante fue divisar la Península de Gallípoli, donde tuvo lugar la masacre de tantos jóvenes del imperio británico, procedentes de Australia y Nueva Zelanda en el periodo de la Gran Guerra.

Esta gesta heroica y absurda como tantas en la historia ha sido objeto de películas, novelas y relatos diversos, pero para mí tiene un par de significados especiales que se relacionan con mi infancia. Siempre me hizo gracia el nombre, y más cuando descubrí a los siete años que el obispo de Tánger que estuvo en mi confirmación, era también obispo de Gallípoli, quién sabe por qué. Un poco después, leí una biografía adaptada para niños, de Florence Nightingale que me impresionó mucho, porque ella fue la que fundó o inició la actividad de la Cruz Roja, recogiendo a heridos de guerra. Ella estuvo o envió a su gente a Gallípoli, ya no lo recuerdo bien. Pero sé que tuvo relación con aquella desgraciada batalla y rescató a muchos heridos.

Recuerdo perfectamente el dibujo que la representaba con su cofia blanca con una cruz roja en la frente, con su delantal blanco sobre un traje azul oscuro, inclinada sobre unas parihuelas en donde estaba echado un soldado herido o moribundo, en cuyo rostro aparecía un terrible gesto de dolor que contrastaba con la serenidad del rostro de Florence. Recuerdo que yo soñaba con hacer algún día algo así de heroico. Así que Gallípoli, a miles de kilómetros de mi ciudad natal del otro extremo del Mediterráneo, ha tenido siempre un gran significado para mí.

Desde Canakkale visitamos Troya, todos sus estratos y su puerto, hoy ciego, porque el río durante siglos ha ido dejando sedimentos que se han convertido en una fértil llanura de cuatro o cinco kilómetros de largo. De manera que la célebre batalla, que todos hemos visto en el cine, al menos, ya no tiene playa y se ha cubierto de berzas.

Canakkale es también un nombre interesante; el kale del final, que aparece en otros nombres deriva del árabe *qala`*, es decir fortaleza o castillo (de donde los alcalás españoles) y el término *canak* se refiere a la loza de caolín que se produce mucho en la zona.

Visitamos Pérgamo, camino de Esmirna. El camino es precioso; olivos, pistachos, olmos y chaparros, alternando con maíz, trigo y algodón. Pérgamo está en lo alto de un cerro al que se sube por un teleférico. La ciudad conserva restos medievales, una basílica convertida en mezquita y algún baño notable. Las ruinas son impresionantes, aunque despojadas por las distintas misiones arqueológicas. Posiblemente los restos están muy bien conservados en Berlín, pero no estaría mal que volvieran a su lugar, sobre todo ahora que hay muchos medios para proteger las piedras antiguas.

La bahía de Esmirna es preciosa, pero la ciudad es caótica y con grandes barrios que ponen de manifiesto las desigualdades existentes. El paseo marítimo es muy agradable y su plaza central, con un reloj fuente y una mezquita minúscula, preciosa. Hay algunos edificios modernistas bastante bien conservados y, desde la ventana de nuestra habitación, se podía ver la iglesia de S. Policarpo. Aunque de mañana intentamos verla, estaba cerrada a cal y canto.

De Esmirna (Izmir) fuimos a Pamukkale (fortaleza de algodón), pasando por Selçuk-Éfeso. Visitamos la Casa de la Virgen que está en un lugar rumoroso y recoleto y las magníficas ruinas de Éfeso entre las que destaca con mucho la Biblioteca de Celso. También fuimos a la tumba de Juan Evangelista que está en un lugar privilegiado.

Pamukkale es en realidad un centro termal y el Hotel tenía una piscina caliente que nos dio un respiro de paz y relajación. Durante la cena, presenciamos la entrada de unos novios que celebraban allí su boda.

Pamukkale es famosa por las aguas termales y por las formaciones de mármol travertino que ha producido, pero, ya explotada desde tiempos antiguos como lugar para reponerse de algunos males, posee toda una ciudad antigua (Hierápolis) y una necrópolis inmensa, llena de panteones fantásticos, que hacen dudar un poco de las virtudes de las aguas calientes.

Desde allí, fuimos a visitar la ciudad de Afrodisias. Estas son unas ruinas, si cabe, más impresionantes que las de Éfeso o las de Hierápolis. Hay que verlas para hacerse una idea, porque conserva aún un estadio con todo su graderío, además de un teatro, un odeón, un tetrapilon esbeltísimo y cientos de cosas más.

Desde Afrodisias fuimos hacia Antalya, donde llegamos hechos polvo. El Hotel, minimalista y de diseño, era un horror. Con todas las comodidades, pero feo con ganas. El comedor rojo y lleno de espejos daba dolor de cabeza, y las habitaciones todas blancas te hacían sentir como en un frenopático. El personal de servicio, vestido de riguroso blanco e iluminado por luces naranjas como de discoteca, te situaba mejor en una nave espacial de cualquier teleserie de tres al cuarto, que en un hotel de cinco estrellas. Pero, debe ser que ya soy muy mayor para estas moderneces.

El día siguiente fue tranquilo. Visitamos las cataratas del parque natural de Kursunlu y luego fuimos a Perge. Estas ruinas son también apabullantes; un cardo máximo inmenso, los baños, el foro y dos torres de época helenística que son una maravilla.

De allí fuimos a ver el teatro de Aspendos que se ha conservado muy bien porque lo convirtieron en época otomana en un caravansar. Regresamos a Antalya para comer en el viejo puerto que es una rada pequeña y abrupta, verdaderamente preciosa. La costa es acantilada y caen cascadas de agua dulce al mar. Es de verdad un lugar especial.

Desde Antalya, abandonando la costa mediterránea, nos adentramos camino de la Capadocia, pasando por Konya, para ir a dormir a Nevsehir. En Konya hicimos un alto para visitar el mausoleo de Mevlana, Yalal al-Din Rumi, el gran místico que duerme bajo una famosa y hermosa cúpula de ladrillo vidriado verde. El mausoleo es digno de verse. En él se respira una atmósfera de respeto, a pesar del número de visitantes, y de devoción que invita a orar. No cabe duda de que además de un sabio aquel fue un hombre santo. Es de los lugares que me han producido escalofrío y emoción. El pequeño museo que hay y la antigua madrasa de los derviches son interesantes y hay algunas piezas notables.

Comimos en un caravansar a las afueras de Konya que está rehabilitado como restaurante. Es curioso.

Camino de Nevsehir, paramos en otro caravansar, el de sultan Hani que es precioso. Estábamos haciendo parte de la ruta de la seda y adentrándonos en la estepa de Anatolia, en donde aún se ven algunos grupos nómadas con rebaños de ovejas de esas del rabo gordo. Hay muchos campos de remolacha y trigo. Es una zona azucarera. La gran llanura, apenas ondulada, está presidida por el volcán Kazan que es el causante de las formaciones de Capadocia.

Al llegar al hotel que tiene una arquitectura que imita las ciudades excavadas en la roca, cenamos y nos fuimos a ver un espectáculo de danzas turcas, incluida la del vientre ¡cómo no!. Las danzas folclóricas son mucho más entretenidas y coloristas y muestran una mezcla de danzas mediterráneas, turcas, rusas y medioorientales.

Al día siguiente fuimos al Valle de Göreme, que es donde están las ciudades excavadas, las iglesias y las formaciones extrañas que ha ido dejando el viento y el agua en la erosión de la lava del volcán. Es un lugar mágico. Fuimos también al Valle de Zelve y al de los ‘champiñones’ o ‘chimeneas de las hadas’. Las iglesias rupestres son muy interesantes, especialmente por las pinturas.

Por la noche fuimos a una ceremonia de derviches. Como ya la había visto otras veces y además me parece un montaje turístico –me temo que de la inspiración de la cofradía quede poco misticismo- pues lo que más me gustó es que se hizo en un caravansar inmenso y precioso, muy bien restaurado.

Al día siguiente nos levantamos a las cuatro de la mañana para ir a montar en globo (Por lo visto es algo que uno debe hacer una vez en la vida y yo ya he cumplido). A pesar del vértigo que suelo tener en las alturas, me resultó precioso y agradable. Ver como se hinchan los globos en medio de la noche, ver amanecer desde el aire y contemplar lo que habíamos pateado el día anterior desde la altura era digno de hacerse. Valió la pena comportarse del todo como un turista.

Fuimos luego de asearnos y desayunar a ver las iglesias de Yenlili, otras iglesias excavadas y a la ciudad subterránea de Kaimakli, también muy interesante aunque algo claustrofóbica.

Tras tres días en Capadocia, abandonamos aquel lugar mágico y nos dirigimos a Ankara, pasando por los restos hititas de Hatusha, Alacahöyük y Yazılıkaya. Todos ellos lugares muy interesantes y la capital hitita de Hatusha verdaderamente impresionante por sus murallas y su extensión.

En Ankara, visitamos el Museo de las Civilizaciones antiguas y también el Mausoleo de Atta Turk. Ambos son dignos de verse.

Llegamos a Estambul y tras lavarnos y asearnos un poco, salimos camino de la mezquita de Ahmet y de Agia Sofia, cenando por el camino. De noche la visita es muy agradable y los monumentos se ven de otro modo.

Por la mañana hicimos otra vez el mismo recorrido a plena luz y era como estar en otro lugar. Como había mucha cola para entrar en la mezquita azul, fuimos a Topkapi. Me recordó muchísimo la ciudad prohibida de Pekín por la disposición y el reparto de los espacios. Es una pena que no dejen que los guías expliquen en el interior porque seguro que se nos escaparon muchas cosas, aunque con nuestra guía de bolsillo algo suplimos.

Luego fuimos a Agia Sofia. Bueno, esto no es de contar, es de ver y sentir, porque los escalofríos no son relatables.

Después de comer fuimos al Gran Bazar. Yo me habría ahorrado la visita, como ya he explicado, pero hay que ir.

Después de lavarnos, nos fuimos por nuestra cuenta a cenar a un antiguo Jan que había cerca del hotel. Un sitio muy agradable. Paseando vimos la columna de Constantino, el acueducto de Valente, la mezquita del Emir, hijo de Sulayman y alguna callejuela interesante como las que hay detrás de la Universidad.

A la mañana siguiente, volvimos al hipódromo y entramos por fin en la mezquita azul. Nuevo escalofrío. De allí fuimos a Beylerbey, el palacio de verano. Es más o menos de estilo francés, pasado por el Oriente. El emplazamiento es estupendo, pero la cosa no tiene gran interés, más allá de ver cómo se manifiesta la decadencia de una dinastía.

Comimos junto al Bósforo e hicimos luego el recorrido en barco por el mismo. Es precioso. También hay que hacer esta concesión al turismo, porque las vistas son fantásticas. Además, tienen la picardía de hacerlas con sol poniente y la ciudad se convierte con todos sus minaretes y cúpulas en un decorado de sombras chinescas. Desde el barco se ve con toda precisión el Dolmabahçe segundo palacio, que es un monstruo que también apunta a la decadencia de la dinastía. La casita de los príncipes todavía deja oír los lamentos de estos desgraciados que perdían allí la razón, esperando llegar a sultanes.

Después de este paseo, nos quedamos a dar una vuelta por la Plaza Taksim y sus alrededores. Visitamos un par de iglesias, una ortodoxa, neogótica, dedicada a la Stma. Trinidad y otra católica dedicada a San Antonio, ambas cerradas. Nos volvimos al Hotel a hacer maletas, ya que nos íbamos al día siguiente.

La mañana siguiente, como teníamos algunas horas antes de ir al aeropuerto, deambulamos, camino de la Suleymaniyye que no habíamos podido ver con calma, y atravesamos preciosas calles con antiguas casas de madera; algunas quemadas y otras en restauración o ya rehabilitadas. La Suleymaniyye es una preciosidad y en especial el Mausoleo con su cementerio.

Esto es todo. Cansados, pero felices y habiendo comido muy bien todo el viaje, regresamos a casa.

Ahora algunas imágenes:

Mar de Mármara



Bursa (Yesil Turbe, Mezquita mayor y Jan de la seda)



Península de Gallípoli





## Canakkale



## Troya

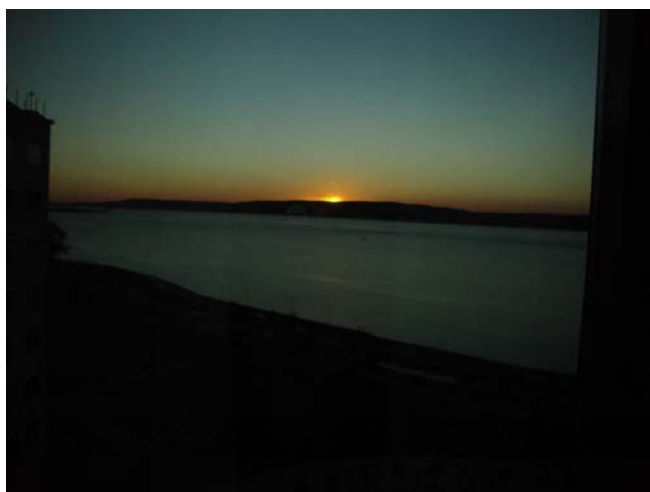


La de Homero

Bajada al puerto



Puesta de sol en la desembocadura del estrecho de los Dardanelos



El Mar Egeo



## Esmirna (Izmir)



## Pérgamo



